

## ANEXO F

RIVAS, 30 DE MARZO DE 1856

"Órdenes Generales No. 68. Cuartel General del Ejército. Oficina del Ayudante General. Rivas, 30 de marzo de 1856. —Habrá una inspección general de armas esta tarde que comenzará a las 4 P.M. ... Los oficiales al mando de sus unidades y todos los soldados que no estén de guardia o específicamente excusados por el cirujano debido a enfermedad están obligados a presentarse ... Las tropas nativas formarán filas con el mismo fin en su propia plaza de armas ... Por orden del general William Walker, Comandante en Jefe."

Libro de Órdenes Generales del Ejército Nicaragüense.<sup>567</sup>

Rivas, 1 de abril de 1856.

... Antier en la tarde tuvimos una gran parada militar; a eso de las 5 P.M. salí a la plaza y conté como 400 hombres armados. Ejecutaron con garbo las maniobras usuales al mando del Ayudante Johnson bajo la supervisión de los coroneles Fry, Skerrett y Saunders, y presentaban un cuadro magnífico. El General, que tenía tres o cuatro días de estar encerrado en su aposento, debido a una inflamación dolorosa y disforme en la cara, los observaba desde su ventana. Lleno de ansiedad, caminaba de un lado a otro en el cuarto, sopesando la combinación amenazante de los estados centroamericanos contra él. Pertinaz ante la inacción, enojado ante las calamidades que lo obligaron a cambiar todos sus planes de la campaña, cavilando sobre la vergüenza de Santa Rosa, y temeroso de que hubiese afectado la moral de las tropas, de pronto se le vino la idea de dirigirles la palabra. Entonces ordenó

que formaran filas frente a su puerta, se puso el sombrero, y acompañado del general Goicouría, su nuevo Intendente General, y seguido de su Estado Mayor, avanzó a paso rápido hasta el centro de la plaza. Los soldados de inmediato presentaron armas, tras lo cual sostuvieron el aliento ansiosos de escuchar lo que él iba a decir. Contemplándolos silencioso por un momento, luego comenzó en voz clara y fuerte:

¡Soldados! — Nos encontramos empeñados en una guerra singular. Una coalición poderosa nos rodea por todos lados. El odio a nuestra raza ha unido a los Estados más opuestos y reconciliado a las facciones más hostiles y antagónicas. El propósito de esa liga es expulsarnos de la tierra con la cual hemos identificado nuestras vidas; pero vuestra firmeza y valor derrotarán todos sus esfuerzos. Invitados a este país cuando estaba desgarrado por las luchas civiles y tan exhausto por tan prolongadas discordias que ya no tenía el vigor para reconstituirse solo, nosotros asumimos la tarea de redimirlo y protegerlo de las garras usurpadoras del Servilismo. Nosotros persistimos firmemente en nuestros propósitos desafiando todos los obstáculos, a pesar de la oposición armada y sin parar mientes en ninguna desalentadora desventaja; y ustedes saben a costa de cuántos sacrificios hemos triunfado. Frenamos y derrocamos a las fuerzas del partido aristocrático que amenazaban con aplastar las libertades en el Estado; se insinuyeron las garantías constitucionales de un gobierno libre y se puso en operación un sistema de orden tan vigoroso y amplio que ni siquiera la traición más audaz ni las extensas conspiraciones han logrado perturbarlo. Durante seis meses ha reinado una gran paz; la prosperidad se ha fincado en el país; se han respetado los derechos individuales, así de amigos como de enemigos, y las leyes se han impartido con tanta equidad y justicia que ni una sola persona puede levantar su voz para acusarnos de un solo acto de injusticia.

A pesar de todo esto —a pesar de todos los sacrificios que hemos hecho, de todos los peligros que hemos afrontado y de todos los sufrimientos que hemos sobrellevado— no sólo el sacrificio de nuestra sangre en las

batallas sino también el de nuestras vidas ante las pestes —¡sean testigos las tumbas en Granada!— ¿nos deben echar de este país, simplemente porque no nacimos sobre su suelo? (‘¡Nunca!’ ‘¡Nunca!’)

¡No, soldados! Se nos ha confiado velar por el destino de esta región y los intereses de la humanidad. Vinimos aquí como columna de vanguardia de la civilización americana, y yo sé que vuestros corazones responden al mío cuando declaro que, antes de retirarnos sin cumplir nuestro deber ¡derramaremos la última gota de nuestra sangre y pereceremos todos, hasta el último hombre! (Fuertes vítores).

Soldados, la tarea que se nos ha confiado es ardua. Está llena de sacrificios, riesgos y sufrimientos, pero al mismo tiempo está llena de esperanzas. Se extiende más allá de los límites de la visión corriente y abarca el destino, no sólo de Nicaragua, sino talvez la redención y civilización apropiada de toda la América Española. (Vítores entusiastas).

Soldados: esta tarea, como ya os dije, es una tarea ardua. Aún hay obstáculos que enfrentar y dificultades por vencer, que pondrán a prueba nuestra entereza y valor, con experiencias más duras todavía de las que hemos vivido. Y nos debemos resignar a tener que realizarlas solos. Aunque deberían alentarnos quienes proclaman servir la causa del progreso, hasta la fecha no hemos escuchado una voz que nos anime en las naciones vecinas, y aquélla a la cual acudimos al comienzo con un anhelo casi filial, nos mira fríamente y de lejos. Pero es más noble para nosotros el vencer sin ayuda. La conciencia de nuestra misión es todo el estímulo que necesitamos y aquí no hay un solo hombre tal vil que desee abandonar la faena antes de haber hecho su parte. (Vítores).

Soldados: en vista de las grandes verdades confiadas a vosotros, no necesito recalcaros la importancia que tienen la vigilancia y el orden. Espero de oficiales y rasos, sin distinción, la obediencia y la disciplina que son requisitos indispensables en un ejército; y con esas virtudes militares y la ayuda de aquel Poder que jamás abandona a los valientes y a los justos, ‘la victoria y el honor serán nuestra segura recompensa’.

Los vítores más atronadores resonaron al concluir el discurso, y bañado en la ovación el General dio media vuelta y se retiró. El efecto fue electrizante, y la tristeza, o a lo menos seriedad, que exhibían en sus rostros las tropas desde el desastre de Santa Rosa, cedió lugar a un brillante ardor de entusiasmo y de alegre confianza. Los soldados blandían en alto los rifles y coreaban los gritos al dispersarse en pelotones por la plaza; y hasta los oficiales, que están supuestos a actuar más serios, espontáneamente se daban apretones de manos y se palmoteaban las espaldas, dando rienda suelta a la excitación que llevaban adentro. Ni yo mismo me escapé de la influencia; y no puedo dejar de rendir mi tributo de admiración al hombre que, rodeado de peligros y complicaciones que consternarían a un cerebro ordinario, jamás ha bajado su mirada audaz de la conquista de un continente. "Ciertamente", me dije para mis adentros, "cualesquiera que fueren los errores que haya cometido en las decisiones secundarias de la política, él es un hombre de sublime coraje, ambición sin límite y alma noble, y hay demasiado de él y de su causa para permitir que lo arrolle la gentuza de negros de esta región".<sup>568</sup>

